



BOLETIN DEL CLERO

DEL

Obispado de Leon.

Gobierno Eclesiástico.

CIRCULAR.

La Reina nuestra Señora (q. D. g.) se ha dignado comunicarme con fecha de 25 del pasado la Real carta siguiente.—«La Reina.—Reverendo en Cristo Padre Obispo de Leon. Habiendo entrado en el quinto mes de mi preñez y siendo debido el reconocimiento á la divina Providencia por tan importante beneficio y que se tributen á Dios las mas rendidas gracias, implorando al mismo tiempo la continuacion de sus soberanas piedades para que me conceda un feliz alumbramiento, he resuelto encar-

garos que á este fin se hagan en todas las Iglesias sujetas á vuestra jurisdiccion y exentas de ella en ese obispado, rogativas y oraciones públicas y generales; en lo que me daré de Vos por servida. Y de haberlo así dispuesto y ordenado á los Cabildos dependientes de vuestra jurisdiccion ordinaria, y comunicádolo á los exentos de la misma que no pertenezcan á las de las cuatro órdenes militares, y demas cuya esencion se conserve por el último Concordato, me dareis aviso, remitiéndome originales por mano de mi infrascrito Ministro de Gracia y Justicia las respuestas que os dieren así el cabildo de vuestra Iglesia como el de la Colegiata de San

Isidro de esa ciudad, y los Prelados exentos.»=Para que tengan el debido cumplimiento los piadosos deseos de S. M. he dispuesto que en todas las Iglesias de la Diócesis se celebre en el Domingo inmediato al recibo de esta circular una Misa solemne votiva de la Virgen con la segunda oracion «*Deus cujus misericordiae non est numerus*» bajo una sola terminacion, cantándose en seguida el *Te-Deum* con las preces y oraciones que prescribe el Ritual Romano, ó la Letanía de la Virgen con la antífona y oracion del tiempo, encargando asimismo que en las Misas cantadas y rezadas que permita el rito Eclesiástico se añada la Colecta *pro muliere praegnante*. Los Párrocos y Vicarios procurarán que se anuncie esta funcion religiosa en la forma acostumbrada, y excitarán á su asistencia á los fieles.

Habiéndose dignado el Señor en su infinita misericordia restablecer la paz entre los príncipes cristianos que estaban en guerra, cesará en la Misa la Colecta *Pro pace*, y para tributar al Señor una rendida accion de gracias por tan in-

menso beneficio, se rezará en las Misas privadas por ocho dias consecutivos la Colecta *pro gratiarum actione*, antes de la prescrita *pro muliere praegnante*; pero como todavía el bondadoso y magnánimo corazón del Santo Padre se sienta gravemente angustiado por las perturbaciones que ocasionan los díscolos y rebeldes en algunas poblaciones de los Estados Pontificios y otras de Italia, hay una verdadera necesidad de implorar la segura y eficaz proteccion de la Inmaculada Virgen María por la conversion de los enemigos de la Iglesia. Para conseguirla encargamos á los Párrocos, Vicarios y á todos los Sacerdotes, que despues de la Misa canten ó recen una Salve con la oracion del tiempo. Dada en Leon á primero de Agosto de mil ochocientos cincuenta y nueve.=JOAQUIN, Obispo de Leon.=Por mandado de S. E. Ilma. el Obispo mi Sr, Miguel Zorita Arias, Secretario.

Edicto para órdenes.

Habiendo dispuesto S. E. I. celebrar órdenes generales ma-

yores y menores en las próximas temporadas de San Mateo, se convoca por el presente á todos los que las soliciten para que en el término de 30 días presenten sus solicitudes en esta Secretaría de Cámara, acompañando á ellas los que hayan de recibir la primera tonsura las partidas de bautismo y confirmación, con certificación de buena conducta librada por el párroco propio, en la que también acrediten la frecuencia de los Santos Sacramentos.

Los que hubieren de ser promovidos á las órdenes menores y subdiaconado, presentarán además de la partida de bautismo y certificación expresada, la que acredite igualmente la frecuencia de los Santos Sacramentos, expedida por el respectivo confesor, si se hallaren estudiando en esta ciudad, el título de prima tonsura, el de la pieza eclesiástica que obtengan, y certificación del Consejo provincial en que conste hallarse libres de responsabilidad por los sorteos celebrados, expresando en su solicitud los pueblos y parroquias donde hubiesen residido.

Los que hayan de recibir orden de Diáconos ó Presbíte-

ros, acompañarán también la partida de bautismo, á no ser que obre ya en esta Secretaría, en cuyo caso expresarán la época en que la presentaron, y además igual certificación de buena conducta y frecuencia de Sacramentos, la de haber ejercido el orden recibido, y asistido á las conferencias morales, con el título respectivo. Pasado dicho término no se recibirá solicitud alguna, ni tampoco las que no vengán acompañadas de todos los documentos expresados: advirtiéndose á los que fueren admitidos que los exámenes tendrán lugar el día 9 de Setiembre. Leon y Agosto 5 de 1859.—Miguel Zorita Arias, Secretario.

LA FIESTA DE S. IGNACIO.

Los PP. Jesuitas han celebrado la fiesta de su Santo fundador con un triduo, en el que todas las tardes ha habido exposición de S. D. M., rosario, plática, letanía cantada, reserva del Smo. Sacramento, y por conclusion unos villancicos dedicados al Santo. Estos cultos tenían también el objeto de solemnizar la inauguración del

Colegio de los PP. en la que fué casa de otra Milicia, la de los Caballeros de Santiago. Todos los dias asistió S. E. I. y gran concurso de fieles llenaba aquel vasto templo. Pero la funcion principal y mas solemne tuvo lugar el 31, es decir, el dia de S. Ignacio. Celebró la misa, con Su D. M. expuesto, el Sr. D. Antolin Barbagero, canónigo de esta Santa Iglesia Catedral, y predicó el Dr. Sr. D. Justo Barbagero, dignidad de Chantre, quien estuvo siempre á la altura del asunto, justificando el concepto que goza de gran orador. Una hora duró aquel notable discurso, sin que decayese el lenguaje siempre instructivo y elocuente del Sr. Barbagero, que se distingue en el púlpito por cierta mezcla de dulzura y de unción, de elevacion y sencillez. Mas no prevengamos el juicio de nuestros lectores, toda vez que el Sr. Chantre cediendo á las instancias de sus amigos, ha accedido á que se publique su sermón en este Boletín, como se verificará en uno de los próximos números. Despues de la misa se entonó un solemne *Te-Deum*, y por la tarde en lugar de la plática de los dias

anteriores, se cantaron las completas por la capilla de música.

El R. P. Rector invitó á comer á S. E. I. quien se dignó aceptar el ofrecimiento, extensivo á los expresados predicador y celebrante. Sabemos que durante la comida, previo el rezo y lectura de la vida del Santo, reinó la mas dulce cordialidad, y se pronunciaron composiciones poéticas en varios idiomas, cuyo mérito resaltaba mas á la vista de sus jóvenes y modestos autores.

CONFERENCIAS

PREDICADAS POR EL R. P. FELIX,
JESUITA, EN LA CUARESMA
DE 1858.

(CONTINUACION.)

Ellas saben que pueden adorar sin idolatría á ese sol, que ya no es solamente la obra de Dios, sino Dios mismo: y le adoran; y porque le adoran tienen necesidad de imitarle. Ellas sufren bajo su mirada la divina seducción de todas sus virtudes; ellas admiran su paciencia; ellas admiran su bondad; ellas admiran su humildad; ellas admiran su caridad; ellas admi-

ran su sacrificio; ellas admirarán su nacimiento; ellas admirarán su vida; ellas admirarán su muerte; y admirándole esclaman: «Ved ahí en el semblante de Cristo la perfección de Dios; «ese es nuestro modelo, nuestro tipo, nuestro ideal: es necesario imitarle; Hijo de Dios, «es la imagen de la sustancia del Padre; discípulos del Cristo, nuestra perfección es la imagen de Él mismo.» Cada uno dice al contemplarle: «yo le imitaré, y si no puedo reproducir en mí la perfección de mi modelo, al menos reproduciré algún destello suyo.» Yo, dice uno, imitaré su humildad. Yo, dice otro, imitaré su caridad. Yo, dice un tercero, imitaré su obediencia; y en tanto que cada uno se esfuerza para grabar en sí mismo algún destello emanado de su fisonomía, todos reciben, pero con diversa medida, la impresión del conjunto. Cada fracción de esta humanidad cristiana imita de una manera especial una faz de su Cristo, y todas le imitan, porque la primera ley de los cristianos es imitar á Jesucristo para hacerse imagen suya.

Imitando á Jesucristo, los

cristianos se hacen Santos á la medida de su imitación; Jesucristo grabándose por sí mismo en los que le contemplan, adoran é imitan, graba en ellos la imagen de la santidad, y la santidad misma; porque un hombre es tanto más cristiano cuanto más le imita, y es tanto más santo cuanto más cristiano es.

Así se desembaraza de las oscuridades, que alteran en nuestro pensamiento la verdadera noción del cristianismo y de la santidad. El cristianismo es la imitación de Jesucristo, y la santidad es el engrandecimiento de nuestro cristianismo, es decir, la misma imitación de Jesucristo en un grado muy superior. La santidad es la aristocracia del cristianismo, los Santos no son otra cosa mas que los cristianos mejores, y para ser bien definido, el Santo es un gran cristiano; cristiano heroico que tiene el valor de llevar hasta el fin las consecuencias del Evangelio. Hay quien se deleita en hacer Santos á una clase de seres aparte, á una raza separada, á una especie de casta ascética investida de no sé qué perfecciones inaccesibles al resto de los

cristianos y que constituyen una escepcion sublime en el cristianismo. Nada es mas falso que esta idea de la santidad, verdadera estrategia de la naturaleza, á la que se invoca de muy buena gana para librarse del disgusto de ser santo; pero en esto hay un error que sirve de pretesto á una cobardia. En la vida de los Santos se encuentran ciertamente fenomenos prodigiosos. Dios los honra con una familiaridad que parece en algunas ocasiones separarlos de nosotros; sobre ellos deja caer efusiones de su amor, cuyo milagro nos asombra, y ellos corresponden frecuentemente á estos dones de Dios con las inmoluciones de ellos mismos, que añaden á nuestra admiracion el espanto. Allí están, si quereis, las recompensas, los privilegios, los prodigios de su santidad; pero esto no es su santidad misma. Los Santos son lo que nosotros somos, cristianos; pero lo son mejor de lo que nosotros lo somos. Nosotros somos cristianos vulgares; los Santos son cristianos eminentes; nosotros no somos mas que soldados; ellos son héroes, gigantes del cristianismo, engrandecidos por

la divina gracia y por sus propios esfuerzos hasta la medida del Cristo y hasta el hombre perfecto.

III.

Así se explica el poder del cristianismo para crear Santos. Su ideal es la santidad misma, personificada en el Hombre Dios, y ese ideal, por el poder de la imitacion, se graba en las almas de los verdaderos cristianos para representar en ella á Jesucristo.

Pero la santidad no es solamente el ideal del cristianismo, es la «necesidad» íntima de su vida. Esta necesidad de santidad, que se manifiesta en todo cristianismo sincero, podria explicarse ya solo por la fuerza de este ideal. Efectivamente, no siendo este ideal una idea abstracta, sino una persona viviente, una persona amada y adorada, se comprende que bajo la irradiacion de este ideal, que es la santidad en persona, la necesidad de ser santo nace por sí misma en el corazon del que la ama y del que la adora. Hay en el alma humana una ambicion mas natural que la ambicion de hacerse á imá-

gen de aquello que se ama y de aquello que se adora? y bajo esa mirada de Jesucristo amado y adorado por las naciones; ¿qué necesidad puede producirse con mas espontaneidad que la de asimilarse á Jesucristo?

La necesidad de la santidad que se encuentra en todo verdadero cristiano, participa de una razon mas profunda cual es la naturaleza y la ciencia misma del cristianismo viviente en el hombre. Todas las cosas tienen necesidades conformes á su naturaleza y constitucion. ¿En qué consiste, pues, la naturaleza íntima, la sustancia propia del cristianismo? ¿Qué es lo que constituye en el cristiano el misterio de la vida cristiana? En otros términos: ¿cuál es la esencia, ó si así lo quereis, la savia de esa vida superior y sobrenatural que hace que el hombre llegando á ser mas que un hombre tome este nombre glorioso, «cristiano»? Todo se reasume en esta sencillísima fórmula, «Jesucristo viviendo en el hombre.»

El racionalismo sacudiendo la cabeza se echa á reir y dice: «¿Qué misterio es ese que yo no comprendo? Esa sustancia sobrepuesta á la vida pura-

mente humana, no es mas que un delirio místico. Allá en el fondo del alma del cristiano no hay mas que lo que hay en toda alma, lo humano, solamente lo humano. Esa otra vida impalpable, ese mundo sobrenatural que vosotros creéis descubrir en el santuario misterioso de vuestra vida íntima, no es mas que un piadoso encantamiento, espejo religioso que hace ver al cristiano, como viviendo en él, al Dios á quien adora. Dejad pasar por ese espejo la luz de la naturaleza, y esos sueños se desvanecerán con la pura antorcha del racionalismo moderno; y en el cristianismo nada quedará mas que el hombre, y en ese hombre nada mas que un hombre que se ñale á un discípulo de Cristo.»

Así, en el pensamiento racionalista, el cristianismo de un hombre solo tiene un valor nominal; es una relacion puramente dogmática é histórica entre un hombre y el Cristo; pero bajo el punto de vista de la vida íntima, en el vacío, es la nada: y toda la realidad de la vida del cristianismo es únicamente una ilusion sagrada que

le muestra en el fondo de un hombre un fantasma de Dios.

Tal es el naturalismo; esa gran locura de los modernos ideólogos, el hombre vacío de Dios, la naturaleza solitaria, desnuda y triste, llevando en medio de ella como su única luz la razón con sus luces vacilantes como la lámpara de un sepulcro. El hombre desnudo de lo sobrenatural, el hombre despojado de lo divino: ved ahí al naturalismo en un resumen verídico aunque lacónico; insulto solemne al instinto de todos los pueblos, mentis audaz lanzado á toda religion, y especialmente al cristianismo, que es la vida de Dios en la humanidad; panteísmo teórico y práctico cuya esencia misma es la supresion de lo sobrenatural y la negacion radical del cristianismo.

Yo no tengo que refutar en este momento ese gran error del siglo XIX, quizás el curso de las cosas me llevará á un dia en que le ataque cara á cara, y hoy me contentaré con oponer á la negacion racionalista la afirmacion cristiana.

Ahora bien, ¿qué afirma esta radical y soberana afirma-

cion? Afirmo como dogma fundamental del cristianismo, como el cristianismo mismo, esta fórmula divina: «Jesucristo vi-
«viendo en el cristiano,» Jesucristo colocado ante las miradas del cristiano, como modelo de perfeccion, es el ideal del cristianismo; pero Jesucristo vi-
viendo en nosotros y en el centro de nuestra vida, es la misma sustancia, es la naturaleza íntima del cristianismo.

Tal es por excelencia la afirmacion cristiana; afirmacion que rechaza el naturalismo como la luz rechaza á las tinieblas. El naturalismo es el hombre despojado de lo sobrenatural, y decapitado de Jesucristo; el cristianismo es el hombre vestido de lo sobrenatural y coronado de Jesucristo. Sí; yo lo creo, lo creo: mas que esta vida que hace que yo pueda decir soy hombre, hay en mí otra vida que me hace, es llamar «soy cristiano.» Esta vida es Jesucristo vi-
viendo en mí, soy yo viviendo en la vida de Jesucristo; y conmovido por el contacto de esta vida divina tengo necesidad de esclamar: «para mí, vivir es el Cristo. ¡Oh Pablo! ¡oh adorador! ¡oh amante apasionado de Jesucristo; yo creo en el grito

de vuestra alma al sentir en ella la vida de Jesucristo. Yo creo en la afirmación, mejor diré, en el entusiasmo de mis hermanos los Santos; yo creo en el testimonio de mi alma, que se anima para afirmar ante vosotros el misterio de su propia vida; yo creo en los movimientos de alegría como que vibran mis labios al pronunciar estas palabras que los comunican el soplo mismo de Jesucristo; yo creo en el asentimiento unánime y simpático de tantos corazones que vienen á buscarme y parece decirme reconociendo en esta palabra el grito que sale de ellos mismos. «Sí, «la vida de Cristo está en nosotros, y nuestra dicha y nuestra alegría es creérnos unidos con Vos en la unidad de esta vida fraternal.» Hermanos (¿qué otro nombre pudiera daros al hablar de este misterio que encierra el secreto de nuestra fraternidad?) hermanos, tenéis razón: sí, la vida del Cristo está en vosotros, y vuestra vida y su vida; no son dos vidas, es una sola vida, «Christus -vita vestra.» Muchos somos los que estamos aquí y sin embargo no somos más que uno: «multi unum sumus» y el vínculo

divino de esta unidad es el Cristo, «multi unum sumus in Christo.» Su vida está en vosotros, su vida está en mí, su vida está en todos nosotros; su vida está toda en cada uno como está toda en todos: «omnia in omnibus Christus.» Ese es mi cristianismo; cualquiera que predique otro, no es cristiano y yo desde lo alto de esta gran cátedra en que me sienta afirmo y anuncio la verdad cristiana, en nombre de Jesucristo, yo le declaro un anti-Cristo. El misterio al que he habiéndosos sido revelado este misterio de la vida cristiana oculto á los sabios de este mundo, fácil es que comprendais por qué la santidad es la necesidad inata de toda verdad en el cristianismo. Efectivamente; de ahí nace en todo cristiano verdadero un sentido verdaderamente nuevo, sentido místico, pero real, que se llama el sentido íntimo del verdadero cristianismo; sentido rigurosamente divino, que no es otro que el sentido de Jesucristo, expresado por San Pablo en estas admirables palabras: «Hoc sentite in vobis quod sit in Christo-Jesu.» De ahí surge en los verdaderos cristianos la inteligencia

de su propia nobleza; nobleza sin igual que obliga al que la posee á todo lo que hay de más puro, de más santo, de más semejante á Dios. El cristiano unido por este contacto divino á la grandeza de Dios, comprende lo elevado de su descendencia y lo ilustre de su raza, y se reconoce procedente de una descendencia divina y de la raza de los Santos. Su asociación mística á la misma vida de Dios le revela en todos los instantes la gran ley de su vida y su soberana obligación; la ley de la santidad y la obligación de reflejar en sus actos las perfecciones de Dios.

De ahí nace también en el cristiano un tacto de la pureza y de la santidad, que ni la naturaleza puede dar, ni la razón nos revela; un tacto tan delicado como profundo y sublime. La sombra sola del mal horroriza al verdadero cristiano; y la sospecha de una mancha produce en él agitaciones y espanto. Entre lo que es impuro y lo que es cristiano siente en su alma y en su corazón un antagonismo innato y repulsas profundas; y entre lo que es cristiano y todo lo que es puro siente armonías ínti-

mas y simpatías inexplicables. De ahí proceden, en fin, esas aspiraciones angélicas hácia todo lo que hay de más espiritual, más elevado, más radiante, más celeste; esos arrebatos de la vida hácia todo lo que es perfecto como Dios, santo como Jesucristo, immaculado como su augusta Madre, y por último, para resumir en una sola palabra ese resultado inmenso, de ahí nace en el fondo del alma humano lo que ya he llamado *necesidad* de ser santo. La necesidad de ser santo: ved ahí lo que yo quería demostraros oculto en este misterio íntimo de la vida cristiana. ¡La necesidad de ser santo! ¿no es esta la pasión que cualquiera ha sentido agitarse en su alma, como en su santuario el Santo de los Santos? ¡La necesidad de ser santo! ¿yo puedo yo experimentar otra, creyendo que mi alma está desposada con Jesucristo, y que he contraído con la santidad en sustancia un matrimonio dos veces sagrado? ¡Ah! cuando yo siento á Jesucristo viviente en el fondo de mi mismo, la necesidad de ser santo es el grito de todo mi ser, es el impulso de mi corazón, es la aspiración

de toda mi alma, es la propension de toda mi vida: porque siendo yo cristiano ¿qué hago no siendo santo, sino arrojar á Jesucristo de mí mismo y romper por medio de un crimen el vínculo que me une á la santidad. ¡Yo cristiano, separarme de Jesucristo! ¡Ah! yo no puedo consentir en esto. Cuéstemme, pues, lo que me cueste, yo quiero ser santo hoy, mañana y siempre. Como toda planta invoca su rocío, toda flor su sol y toda vida su atmósfera, mi cristianismo invoca la santidad y siente la necesidad invencible de producir, de agrandar, de desenvolver mas y mas lo que absorve en el centro mismo de la vida de Jesucristo.

Ved ahí por que la santidad en un hombre, como en un pueblo cristiano, es el fruto espontáneo de su cristianismo, y sigue su medida. Por todas partes donde Dios la siembra, sea en un alma, en una familia ó en una nacion, la santidad es como su germinacion propia y como su natural crecimiento.

¿Habeis progresado en el cristianismo? pues yo os aseguro que habeis progresado en la santidad; estos dos progresos se

corresponden con una proporcion exacta. ¿Sois mas cristianos? pues tambien sois mas humildes, mas castos, mas desinteresados, mas afables, mas pacientes, mas caritativos, mas virtuosos, en una palabra, mas santos. Engrandeciéndose vuestro cristianismo, se cubre con el ornato de la verdadera santidad y de la fecundidad de vuestras virtudes, como un árbol con la belleza de su follaje y con la abundancia de sus frutos. Por el contrario, si habeis retrogradado en el verdadero cristianismo, yo os aseguro que vuestra santidad ha retrogradado al mismo paso y con la misma medida, y sois menos humildes, menos castos, menos desinteresados, menos caritativos, menos santos, precisamente porque sois menos cristianos. Haced cien veces esta observacion y nunca os engañará. En vano se quiere hacer crecer la fecundidad de las virtudes y el crecimiento de la santidad en las vacías del cristianismo; mejor creeria yo en la fecundidad de las cosechas y en la germinacion de las flores sin necesidad de los rocíos del cielo, ni de los rayos

debe solo Robaisó la naturaleza humana en su atmósfera divina: la usurpa la mirada de Jesucristo que es como su sol: la priva de la vida de Jesucristo que es como su savia: y os atreveis á exigir la produzca, con la cosecha de las virtudes, las flores celestiales de la santidad? ¡Insensatos! ¡hacéis del hombre un desierto y el hombre producirá lo que produce el desierto: ¡Ah! Conocemos demasiado la fecundidad de la vida separada de Jesucristo: esta fecundidad, con algunas raras excepciones, no es otra cosa que la fecundidad del vicio. Todo hombre que haga alarde de hacer brotar sus virtudes de las ruinas de su cristianismo, es un mentidor que engaña á los demás engañándose á sí mismo. Si os queréis hacer crecer vuestras virtudes, aumentad vuestro cristianismo, porque elevándose en vosotros se eleva en él la santidad que de él emana, y que no es otra cosa más que él mismo. Lo que decimos con respecto á un hombre es mas evidente aun, cuando se trata de una sociedad. Ensayad, sembrad, haced crecer en un pueblo el verdadero cristianismo sin hacer crecer en

él la santidad, y no lo conseguiréis: aun cuando cayese en el centro de la nación mas corrupta, si él puede arraigarse en ella, hará fermentar esta masa de corrupción y salir de su fermento divino la santidad de los hombres. **IV.** Efectivamente, la historia del cristianismo demuestra con una evidencia tan clara como la luz del sol, que el cristianismo con su propia fecundidad, en todas partes y siempre ha producido en la humanidad generaciones de santos: porque la historia del verdadero cristianismo, es Jesucristo mismo dilatándose en los siglos y manifestándose por medio de prodigios de santidad en los cristianos ilustres. La santidad, es decir, la virtud bajo todas sus faces elevada al heroísmo, es un hecho exclusivamente cristiano. La antigüedad tuvo grandezas que no podemos negar: produjo poetas, oradores, literatos, artistas, filósofos, legisladores, capitanes, héroes cuya gloria brilla aun con un esplendor incontestable; pero le faltó una sola cosa,

producir santos. Ella levantó hombres sobre sus altares á quienes dió á presencia de los pueblos una aureola celestial; pero, notado bien, lo que hacía elevar á los altares á los grandes hombres de la antigüedad, era la fuerza, la victoria, la celebridad, algunas veces el mérito; pero nunca, jamás, la santidad. Estos semidioses puestos de pie sobre los altares del paganismo, no eran el hombre elevado hasta Dios, era Dios humillado hasta el hombre; no era la glorificación dada á la humanidad, era el oprobio lanzado contra la divinidad. La antigüedad pagana ha podido contar hasta siete sabios en un país célebre; pero cuando se estudia de cerca la vida de estos Santos del paganismo, bien puede preguntarse si ese hombre de sabio era una ironía lanzada á sus filósofos por la Grecia sarcástica. Sea lo que quiera, es lo cierto que bajo el punto de vista del valor moral, esos virtuosos de la antigüedad no serían entre nosotros ni medianos cristianos. El cristiano que cumple con su deber, aun el mas vulgar, deja muy atrás á los sabios de la Grecia. En el fondo de sus virtudes se descu-

bre casi siempre un yo no sé qué que les corrompe; el egoismo se descubre ya través de la abnegación, y el orgullo á través del heroísmo. Así era el mundo antiguo con sus filósofos, sus poetas, sus oradores, sus héroes, sus legisladores, y todos sus mas grandes hombres, cuando de repente un fenómeno inesperado asombró con su primera aparicion á este mundo sentado con todos sus personajes ilustres en el seno de sus corrupciones. ¿Qué había sucedido? El cristianismo acababa de nacer y ya se revelaba en su historia la necesidad que experimentaba en su vida. La vida de Jesucristo manifestada por los Santos se dilataba en la humanidad con virtudes sobrehumanas, y la historia de la santidad empezando con la historia del cristianismo, escribía en su primera pagina milagros de virtud.

El cristianismo desde esta hora famosa no ha perdido nunca, ni en la duración de los siglos, este carácter inimitable; ha guardado el privilegio que Dios reservaba á la única Religión verdadera, el privilegio de la santidad, demostracion que precedera de la ver-

dad. De ello está tan convencida la Iglesia católica, que se atreve á dar este signo de su divinidad á quien la busca; y para aquel que no puede comprender bien la demostración que brota de su unidad, de su catolicismo y su apostolado, la queda aun esta demostración siempre popular: el poder indefectible de producir santos.

Y efectivamente, ¿cuándo ha dejado el cristianismo de producir santos? Jamás. Seguí en sus dilatados siglos el desenvolvimiento magnífico de la vida cristiana. Al través del tisú variado de su historia, en que las corrupciones de la naturaleza se mezclan con los prodigios de la gracia, siempre y en todas partes aparece la santidad como testimonio permanente del elemento divino, que vive en el cristianismo y se produce en su acción. ¡Ah! esta historia de la santidad cristiana sería una historia dilatada y prodigiosa; yo no pienso hacerla, pero para mostraros en el cristianismo la religión de los santos, diré únicamente: «Mirad al principio, mirad al medio, mirad al fin.»

En el principio, ¿qué espectáculo tan arrebatador! del se-

no de un mundo que yacía en la podredumbre y perecía por la escasez de virtudes, se produce un movimiento y aparece una regeneración moral que no puedo denominar bien sino llamándola una explosión de santidad. Imaginaos una humanidad verdaderamente nueva, una raza de hombres sin ancestros y sin precedentes, apareciendo de repente coronada con todas las virtudes, elevada á un grado superior de la virtud humana. Imaginaos hombres humildes, obedientes, castos, caritativos, dulces, pacientes, resignados, fuertes, valerosos, intrépidos, heroicos, en fin, en todas las virtudes, como nadie lo fué jamás sobre la tierra. Haciendo este cuadro del cristianismo primitivo, en que alguien creería ver una humanidad idealizada, hemos pintado por rasgo por rasgo á la humanidad cristiana. Yo no demuestro en este instante todo lo que hay de divino en ese fenómeno que no puede explicarse jamás nada de cuanto hay humano. Yo cito un hecho contemporáneo al nacimiento del cristianismo, y este hecho es una florecencia súbita y espontánea de la santidad, es decir, de la mayor y

mas poderosa grandeza moral en generaciones enteras.

¿Direis acaso, que este hecho no es mas que el resultado natural de ese proselitismo ardiente que se encuentra en la cuna de las doctrinas, de las instituciones y de las religiones naciescentes? Entonces yo os diré: saltad doce siglos y heos ahí en el centro de nuestros siglos cristianos. Yo pregunto á esa cima de donde se descubren á la vez las dos vertientes de toda nuestra vida, á esa edad media en que algunos sábios del siglo XIX no ven en su obstinacion mas que decadencia y barbarie, ¿ha perdido el cristianismo su poder de producir Santos? En medio de tantas cosas mezcladas, de tantas razas confundidas, ¿no echa ya raíces la santidad? ¿y el cristianismo, doce veces secular, ha perdido la savia que hace germinar los Santos?

No, no; tambien entonces la raza de los Santos vive y se multiplica en la Iglesia de Dios. Entonces tambien sobre las cimas á que Dios se complace en elevar á los Santos ilustres, para lanzar desde mas alto y desde mas lejos sobre los pueblos reflejos brillantes

de la faz de su Cristo, se ven aparecer, con la aureola de su santidad, figuras de una magnitud asombrosa; el mundo cristiano ve brillar en el cielo de la Iglesia Católica mugeres como Santa Isabel de Hungria; y hombres como San Luis y Santo Tomás de Aquino, y en tanto que estos y otros muchos con ellos, hacen aparecer sobre las alturas del mundo el astro siempre brillante de nuestra santidad, millares de hombres y mugeres realizan en condiciones mas humildes una santidad no menos sublime. ¡Ah! Es que en medio del caos aparente que parece abrir en esta edad de gran fermentacion la mezcla de pueblos, de razas, de costumbres y de constituciones, el espíritu cristiano pesaba como el soplo de Dios en el dia de la creacion; y de esa vasta espasion de la vida cristiana, en el seno de una sociedad sobrecargada aun con tantos elementos de corrupcion humana, se opera una nueva explosion de santidad y el mundo católico veia una vez mas elevarse sobre el la gran era de los Santos.

¿Os queda alguna sombra de duda sobre la eficacia per-

severante del cristianismo para producir la santidad? Entonces mirad a esa faz de la historia cristiana que toca á nosotros y que en parte somos nosotros mismos. Abarcad con una mirada todo el siglo moderno del cristianismo, y decidme si ha perdido algo de su inmortal fecundidad. Ese siglo de despedazamientos profundos y de violentas sacudidas que abrió en el seno de tempestades esa nueva edad del cristianismo; ese siglo que vio salir de su seno contra lo que entonces se llamaba la corrupcion católica, aquella protesta que conmovió al mundo religioso y preparó los desquiciamientos políticos, el siglo XVI, en fin, ¿habia visto morir en la Iglesia esa sávia de Jesucristo, la única que produce Santos? El siglo de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de San Vicente de Paul, de San Francisco de Sales, de San Felipe Neri, de San Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola ¿fue un siglo desheredado

de Santos? Ah! todos vosotros respondeis. No y mil veces no. Esa es la gran voz de nuestra historia.

(Se continuará)

ANUNCIO

CERVANTES.

Revista de instruccion pública,
literatura y ciencias,

DEDICADA A LA DEFENSA

DEL

Profesorado Español

BUENOS PRINCIPIOS DE ENSEÑANZA.

REDACTADA

POR DON SILVESTRE RONGIER.

ÉPOCA SEGUNDA.

Se publica en Valencia el 10, 20 y 30 de cada mes, y su precio 30 rs. al año, remitidos en letra ó sellos, con sobre al redactor, Valencia, Glorieta 1.

LEON.—Imprenta y lit. de Manuel Gonzalez Redondo — 1859.